

TRATADO II

Fonética.

12. Como fundamento científico indispensable de la etimología y de la *Morfología*, no puede prescindirse del estudio de los cambios fónicos que rigieron en la evolución del latín vulgar hasta transformarse en nuestro romance castellano, y que aun rige en los cambios fónicos que sufren los vocablos en sus modificaciones morfológicas. La inducción para fundamentar las leyes me ha hecho prescindir en este tratado, de los vocablos del *Quijote*, aduciendo además otros que en él faltan.

La ley del universo es la de la economía: nada se crea, y se desecha todo lo no necesario. Esta ley rige en la lucha del dinamismo de materia, lo mismo que en la lucha de los organismos por la existencia. La supervivencia del más fuerte, la resultante de fuerzas y leyes físicas, son el resultado de esa lucha. El lenguaje es en cierto modo un ser inerte expuesto á los influjos del medio ambiente, y en cierto modo un organismo: en él la economía enciende la lucha y da por resultado la evolución fonética de las tendencias más poderosas, borrando los efectos de las vencidas y neutralizadas. La forma ó unidad lingüística es en el lenguaje el cuerpo, el acento es su alma. Forman cuerpo los sonidos reunidos en una forma, y su alma ó centro de gravedad es la sílaba acentuada. De aquí los dos factores que modifican y alteran el fonetismo: el influjo de unos sonidos en otros por formar un solo cuerpo en una forma dada, en un vocablo, y la acentuación. Ambos obran merced al silabismo, quiero decir que los sonidos de por sí casi serían inmutables, si no fuera por estar reunidos formando un cuerpo total, cuya unidad fonética está en el acento.

El influjo de unos sonidos en otros, especie de atracción ó de reacción, de armonía ó desarmonía, de asimilación ó disimilación, responde fisiológicamente al principio económico del menor esfuerzo en la articulación. Pero al mismo responde el influjo del acento, pues cargando en una de las sílabas, centraliza en ella la

mayor parte de la energía articulativa, haciéndola mas fuerte y aun acrecentando su valor fónico, á expensas de las demas sílabas, sobre todo de las mas cercanas al centro de gravedad, las cuales, desprovistas de energía se debilitan ó desaparecen. De estos dos factores la acentuacion es la que mas ha influído en la alteracion de las vocales; la vecindad de los sonidos ha influído más en la de las consonantes. Hay que tratar, pues, por separado estas dos clases de sonidos. En las vocales, la acentuacion ha obtenido efectos mas generales; pero la vecindad de los sonidos, aunque en menor extension, ha tenido mas potencia intensiva, contrarrestando los efectos de la acentuacion. De aquí que los efectos del acento puedan ponerse como efectos de leyes generales, y los de la vecindad fónica como excepciones de esas leyes; aunque de hecho sean tambien leyes mas potentes en intensidad, por mas que sean menos los casos en que pueden obrar.

I.—VOCALISMO LATINO-CASTELLANO

1. Efectos debidos á la acentuacion.

13. El latin distinguía las cinco vocales largas de las cinco breves por su mayor duracion: *bōnitās, ductōr, iūnci, crudēlis, cādēre, pilūs*. Tal es la llamada *cantidad* de las vocales. En el habla popular fué perdiéndose esta distincion, primero en las sílabas átonas, luego en las tónicas, pues hasta en las poetas de los primeros siglos despues de J. C. se encuentran ya *creātura* por *creatura*, *sacrāmentum* por *sacramentum*, *verēcundus* por *verecundus*, *ēnormis* por *enormis*. Es famoso el texto de Servius (siglo IV): «*Nam quod pertinet ad naturam primae sillabae, longane sit an brevis, solis confirmamur exemplis, medias vero in latino sermone accentu dignoscimus; ultimas arte colligimus.*» Pero el castellano habíase derivado del latin vulgar mucho ántes, cuando la cantidad la percibía y tenía en cuenta el pueblo perfectamente, ó por lo menos, percibía el diverso timbre su continuador, puesto que, como vamos á ver, influyó en el vocalismo castellano. Por esta razon he señalado siempre la cantidad de las vocales latinas al aducir las formas clásicas, que son las que conocemos; y al aducir las pocas vulgares, que se han deducido de la comparacion de las formas románicas derivadas, he puesto á las vocales la cantidad que ésta comparacion prueba debieron tener. Y es muy de notar que la cantidad prosódica de la sílaba, cuando es larga *positione*, es decir, por seguirse dos consonantes, no influyó para nada en el vocalismo del latin vulgar ni en el de las románicas. La *i* de *piscari* quedó abierta, como suele decirse, se debilitó

en *e* dando *pescar*, á pesar de tomarse como larga la sílaba á causa de la doble consonante siguiente. Esto prueba la teoría de los que opinan que si la sílaba se toma como larga en tales casos para la poesía, es porque en la pronunciacion de los versos se separaban las consonantes, *pīs-cari*. Hay que atender, pues, á la cantidad natural de las *vocales*, nó á la accidental de las *sílabas*. En *piscari* la vocal *i* es breve por naturaleza, la sílaba *pisc* es larga por posicion, por contarse un tiempo entre las dos consonantes, pronunciándose *pīs-cari*. En castellano, claro está que no todas las sílabas tienen la misma duracion; pero esta cantidad apenas es sensible, quedando oscurecida por la acentuacion, que influye precisamente en las sílabas para que duren mas ó menos. Al pasar las vocales latinas al castellano no dejaron huella sensible cuantitativa; pero la cantidad que tenían en latin influyó juntamente con la acentuacion en los cambios que en el timbre sufrieron las vocales del latin vulgar y del castellano.

La acentuacion griega era *musical*, es decir, que consistía en la elevacion cromática de la voz, como lo da á entender el mismo nombre de *tono*, *τόνος* de *τείνω* *tender*: la vocal tónica *aguda* se pronunciaba en un tono mas elevado, cerca de una quinta, que las demas vocales de la palabra, llamadas, por lo mismo, *graves*. Los gramáticos romanos hablan de este mismo sistema de acentuacion respecto del latin. Sin duda existió, como tambien existe en castellano, donde todo el mundo distingue el tono agudo de la *é* en *¿qué dice?* del grave en *que vengas*. Pero no nos cuidamos de legislar acerca de él, por ser menos importante, comparado con el sistema de la acentuacion intensiva. Los gramáticos romanos tampoco se detuvieron mucho en el acento musical, y se ve que cuando lo hacen es por compromiso, por imitar á los griegos. Créese, sin embargo, que la lengua clásica lo tuvo; pero siempre estuvo enteramente supeditado á la cantidad y no tuvo influjo alguno en la evolucion fonética del latin. Así *Ἀγρίγαντος* se hizo *Agrigentum* debilitándose *a* en *i* á pesar del acento musical; *afficio* de *adfacio*, no por haberse acentuado *adfacio*, pues siempre sonó *adfacio* y *afficio*. El acento musical no influyó ni en el timbre de las vocales ni en la síncope, pues aunque tengamos *lardum* de *lárídum*, en cambio tambien tenemos *puertia* de *pueritia*¹. Precisamente las sílabas acentuadas musicalmente en griego son á menudo las que se han perdido en otras lenguas²: *καρκίνος* = *cancros* = *cancer*, *σάριφος* y *scribere*, *κυπάρισσος* = *cupressus*, *γέρανος* = *grus* = ant. al. *chranuh* = ags. *cran*.

Mas tarde esta esclavitud del tono á la cantidad debió influir en el

¹ Cfr. *Mem. S. Ling.* 6, 12.

² *Idem*, 5, 394.

cámbo que sufrió la acentuacion, pues de musical se convirtió en intensiva, y desde entonces influyó fuertemente en la trasformacion del lenguaje, cambiando la versificacion prosódica en versificacion rítmica puramente, y sobre todo cambiando las formas latinas y por ende originando las lenguas románicas. Sin duda en el habla popular la acentuacion intensiva iba ya manifestándose y oscureciéndose á la musical, y aun en la poesía clásica la cantidad larga y el acento intensivo del ritmo iban á la par; en el exámetro el golpe fuerte rítmico cae siempre en la larga: *Silvestrem tenui*, en el troqueo ó en el yambo nunca cae el golpe fuerte en la breve. El acento, ya sea primero musical, ya sea despues intensivo, pendía en los polisílabos de la cantidad silábica. Estaba el acento en la penúltima, cuando esta penúltima sílaba era larga por naturaleza ó por posicion: *monĒre, virtūtem, marĭtum, bonitātem*; estaba en la antepenúltima, cuando la penúltima era breve: *scribĕre, credĕre, Arbōrem, pollicem*.

Los vocablos acentuados en la penúltima se llaman paroxítonos ó graves; los acentuados en la antepenúltima, proparoxítonos ó esdrújulos; entre los paroxítonos hay que contar todos los disílabos: *pōrta, vōtum, pēden, verum, nīdum*. Los monosílabos se llaman oxítonos ó agudos, y en griego los que llevaban el acento en la final: *rem, fac, sic, quod*. Hemos conservado el tecnicismo prosódico greco-latino, aunque el acento haya cambiado de naturaleza. Dícese que el antiguo latín poseía un acento secundario en la primera sílaba; lo único cierto es que la sílaba inicial siempre se enuncia con mas fuerza que el resto del vocablo, para distinguir las diversas palabras, pues de lo contrario toda la frase sonaría seguida como una sola forma. Esa especie de acento secundario explica la conservacion de la vocal inicial y la pérdida de la pretónica: *bondad de bonitātem*. Las formas de cuatro sílabas, como en este ejemplo, pueden considerarse como divididas en dos grupos, cuyas finales estan sometidas á las mismas ó parecidas leyes. Todo lo cual nos muestra que el latín era una lengua grave y sonora en extremo, pues prefería el ritmo trocáico, es decir, el que consiste en dividir la palabra de modo que cada dos sílabas formen un grupo, en el cual la primera lleva el acento: *boni-tātem*; pero dividiéndola desde el fin, por manera que no haya dicciones agudas, sino que de ordinario el acento caiga en la penúltima: *corōna, dormĭre*.

El castellano es, entre todas las románicas, la que en esta parte se parece más al latín; su ritmo es el trocáico. En *tōrpemēnte* las dos sílabas acentuadas llevan el golpe fuerte ó tesis; en *adēlgazár*, la *a-* es un anaeruso, y si la palabra es aguda, se debe á la pérdida de *-e*, que convirtió en agudos todos los infinitivos. Por regla general, las agudas son las que perdieron una vocal final, por

lo cual suelen terminar en consonante; la mayor parte de los vocablos son graves y terminan en vocal, dividiéndose en grupos rítmicos de á dos filas desde el fin, de manera que la sílaba primera de cada grupo lleva un golpe fuerte ó acento: *ápar-tába, bóquiríbĭo, átre-vido, mésa, singu-lári-dádes*. Si el signo del acento se ha de evitar cuanto se pueda, ya que es un adminículo secundario, todas las reglas ortográficas de la acentuacion se compendian en esta: «Puesto que en general las palabras son graves y terminan en vocal, deben acentuarse las graves que no terminen en vocal, y puesto que las agudas suelen terminar en consonante, deben acentuarse las agudas que no terminen en consonante: *amará, alheli y frágil, origen*.» No tiene, pues, razon de ser el acento de los en *-on*, como *corazon*, puesto que como agudos y en consonante entran en la ley general. El frances prefiere las dicciones agudas, habiendo perdido las finales latinas; el castellano las conservó, quedando graves la mayor parte de las dicciones. De aquí que el castellano y el latín tengan por unidad lingüística el vocablo, por lo cual los romanos desde las inscripciones más antiguas los separaban por puntos; mientras que en griego y en frances puede decirse que es la frase, en la cual no se distinguen los vocablos. Havet ha comparado muy bien la frase griega ó francesa á un hilo continuado, mientras que la frase latina, y lo mismo la castellana, es un rosario de gruesos granos bien distintos, no solo psíquicamente, por ser elementos diversos de la proposicion, sino aun fónicamente, por indicarse muy bien el comienzo de cada vocablo. Por la intensidad de la inicial y por el acento de la tónica, quedan limitados todos los polisílabos.

El paso de la acentuacion musical á la intensiva, era, por consiguiente, natural. No dejaré de advertir que en Arabe ha existido un proceso parecido. Las largas llevan el acento intensivo, y el ritmo es eminentemente trocáico.

La acentuacion latina intensiva persiste, como regla general, en castellano. Pero para explicar las excepciones hay que fijar ante todo la acentuacion del latín vulgar, en el cual es de notar:

1.º En un grupo de vocales el acento lo lleva la vocal más abierta, es decir, mas vocal en la série *i, u, e, o, a*. Como el latín vulgar diptongaba los grupos de vocales para evitar el hiato, el acento pasa á las vocales claras, cuando lo llevaban las oscuras; así es que avanza en *ío, éo, ie*, que se convierten en *ió, eó, ié*; retrocede en *ai, ei*, que se convierten en *ái, éi*. Por lo primero, *filĭus* dió *hijo*, cayendo la *l* sobre la *u*, como única vocal, palatizándose por la *i*, que perdido el acento se semiconsonantizó; *mulierem* dió *mujer*; *parietem* dió *pared*, y *abietem* *abeto*, desapareciendo la *i* al perder su acento. Por lo segundo, *magistrum*, **maistro* dió *maestro*, *magis*, **mais* dió *más*; per-

dida la *i* sin acento, *vagina* dió *váina*, *regina* dió *réina*, *regem* dió *réy*.

2.º La breve penúltima de un proparoxítono ante muda con *r*, *l*, atrae hácia sí el acento sin mudar de cantidad: *cáthēdra* sonaba vulgarmente *cathēdra*, *cólūbra* sonaba *colūbra*, *colōbra*, de donde *culuébra*, *culēbra*, *intēgrum* sonaba ya en Nevio *intégrum*, de donde *éntero*, *tónitrum* sonaba *tonitrum*, de donde por metátesis, *tronar*, *tronido*, *trueno*, *ténēbras* sonaba *tenébras*, de donde *tinieblas*.

3.º El pronombre *ille*, *illa*, *illud*, empleado como proclítica llevó el acento en la última: *illá filia* = *la hija*, *illúd bonum* = *lo bueno*, *illí dixit* = *le dijo*, de donde *la* y *lo* y *le*; pero en el verbo *ille cantat* = *el canta*, *illa cantat* = *ella canta*, de donde *él*, *ella*, *ello*.

4.º La *e* de la tercera persona del pretérito *-erunt* se trató como breve: *cantavērunt* = *cantaron*.

5.º En los verbos compuestos el acento pasa á menudo del prefijo á la vocal temática: *recípit* = *recibe* de *récipit*, *renégat* = *reniega* de *rénegat*, *convénit* = *conviene* de *cónvenit*, *renēgo* = *reniego*, *renōvo* = *renuevo*. Se tratan como si sus elementos estuvieran separados, y así vuelve á su primitivo estado la vocal alterada del verbo simple. Pero, cuando no se reconocía la composicion, se conservó el acento latino: *cuelga* de *cóllocat*, *cóge* de *cólligit*, *cuenta* de *compūtat*.

6.º Desechada la conjugacion *-ere*, todos sus verbos cambian el acento: *creer* de *credere*, *meter* de *mittere*, *poner* de *ponere*, *leer* de *legere*, *raer* de *radere*, *roer* de *rodere*. La razon es la analogía con las demas conjugaciones en *-ar* de *-are*, *er* de *ere*, *-ir* de *ire*, que habían perdido la *-e* final.

Despues de la cantidad y de la acentuacion, me queda por tratar del timbre, que constituye la calidad de las vocales. Depende el timbre de la mayor ó menor abertura de la cavidad oral, la cual modifica los armónicos del comun sonido laríngeo. De aquí que se hayan distinguido vocales *abiertas* y *cerradas*. La série natural de las vocales es como sigue:



La *a* es la mas abierta, la mas vocal; quiero decir que en su articulacion es menos fácil que el aliento roce en alguno de los órganos orales, produciendo un sonido ruidoso ó consonante; por eso es la mas estable, la mas clara y gruesa, llevándose el acento de las demas vocales, formando diptongos propios ó impropios. Las extremas *i*, *u* son las mas cercanas á las consonantes, pues requieren que la cavidad oral forme un tubo, la *i* estrecho entré la lengua y el pa-

ladar, la *u* hondo, lo que origina fácilmente una consonante al dar el aliento en el paladar (*i*) ó en los labios adelantados (*u*), consonantizándose en *y*, *v*, luego en *dj*, *b*, etc., sobre todo cuando van sin acento junto á las otras vocales mas gruesas acentuadas. Pero, cuando no van junto á otras vocales, són muy estables. Su timbre es cerrado, puesto que exigen se cierre la boca mas que en todas las demas. La *i* es la mas sutil de todas. Las vocales intermedias *o*, *e* participan de las cualidades de la *a* y de las de *i*, *u*. Son abiertas respecto de *i*, *u*, y cerradas respecto de *a*: son semicerradas. Son las mas inestables, sobre todo la *e*; proceden de la debilitacion de *i*, *u*, *a*, se convierten á veces en estas vocales, y se pierden con gran facilidad cuando no llevan acento. En algunas lenguas cada una de las cinco vocales puede ser abierta ó cerrada, segun tire su timbre hácia la *a* ó hácia las extremas *i*, *u*. En frances, por ejemplo, la *é* de *tapé* es cerrada, la *e* de *père* es abierta, la *o* de *pot* es cerrada, la *o* de *port* es abierta. En todas las lenguas son mas ó menos cerradas y abiertas las vocales, segun su posicion silábica. El castellano tiende á pronunciar puras las cinco vocales, por lo cual su vocalismo es sencillísimo en sí y en el paso del latin al castellano.

Comparando el vocalismo latino clásico con el de las románicas, se ha podido deducir que en latin vulgar había *e* y *o* abiertas y cerradas, pues han pasado diferentemente á las románicas, segun esta diferencia de timbre. Unas son *estables*, conservando mejor su timbre propio; otras *inestables*, habiéndolo modificado; de modo que á las diez vocales largas ó breves del latin clásico, parece correspondían en latin vulgar siete vocales estables ó inestables; advirtiendo que el diptongo *æ* ya sonaba como *e* y se trató como *ē*; y el *œ* ya sonaba como *e* y se trató como *é*. Véase este cuadro comparativo:

Latin clásico.	Latin vulgar ¹ .	Castellano (tónicas).
ī	i	i
ī, ē, oe	é	e
ē, ae	è	ie
ā, ā	a	a
ō (au)	ò	ue
ō, ū	ó	o
ū	u	u

¹ El acento agudo (´), indica las cerradas; el grave (`), las abiertas.

Para poder explicar estos cambios, comencemos por comparar el vocalismo del latín vulgar con el del latín clásico y con el de las lenguas itálicas. La *a* casi nunca se perdía, ni en el literario ni en el vulgar, y ya fuera breve, ya larga, sonaba, según afirma Lucilius, con un mismo timbre; por lo cual pasó intacta a las románicas, aunque después en algunas partes de Francia se hiciera *e* por influjo de la consonante siguiente, al modo que veremos haber sucedido en España.

La *u* y la *i* del latín clásico resultaron en muchas formas como efecto de la evolución particular del clasicismo, que se apartó del habla vulgar, del úmbrio y de las demás indo-europeas, allegándose al osco, cuya influencia no puede desconocerse.

A los sufijos clásicos *-culus*, *-tulus* responde *-clo* en latín vulgar, convertido *-tlo* en *-clo*: así en el *Appendix Probi*: *masclus*, *speculum*, *articlus*, *vernaclus*, *baclus*, *occlus*, *oricla*, *facla* de *fax*, *anicla* de *anus*, *nepticla*, *veclus* de *vetulus*, *viclus* de *vitulus*, *capiclum* de *capitulum*, *inglus* de *ingulos*, *graculi* de *graculi*, *tabla* de *tabula*, *stablum*, *tribla* de *tribula*, *baplo* de *vapulo*. Las formas *-clo*, *-tlo* han debido perder una vocal, probablemente *ō*, hecha *ū* en latín clásico, lo mismo que en los diminutivos. En los diminutivos efectivamente la vocal etimológica prehistórica había sido *i*, que se debilitó en *e* en latín vulgar, como se ve por el griego; pero por ser vocal tan débil se asimiló a la vocal de la sílaba siguiente, y por ser ésta de ordinario una *o* en los temas nominales, resultó el sufijo vulgar *-ōlo*, donde la *ō* desapareció muy pronto. En cambio el latín clásico, para hacer más estable esa *o*, la pronunció *u*, resultando *-ūlus*. Por ejemplo: a *σάκελος* con *ε* responde en literario *specūla*, en vulgar *specōla*, después *specla*; igualmente *σικερός* = *sicūlus* = *sicōlo*, *siclo*, *φάκελος* = *facūla* = *facōla*, *facla*. En griego a veces con *α*: *βουβαλός* = *būbūlus* = *bubōlo*, *bublo*, *κερκιδάλας* = *querquedūla*, *πέταλος* = *patūlus*. En úmbrio, como en latín vulgar, sin vocal *ō* con la *e* primitiva: *pihaelo* = *piaculum*, *katles* = *catulus*, *tafle* = *tabulae*, *famel* = *famulus*. En osco con una vocal parecida a la *e* de la sílaba siguiente: *zicolom* = *diecula*. Por la misma ley asimilativa he dicho que había resultado la *o* latina: en formas de temas en *o* se formó el sufijo *-olos*, como de *pōc* *-pocōlom*, que el literario convirtió en *-ulus*, *poc-ulum*. En *familia* hay *i* por la *i* siguiente, úmbrio *famel* = *famulus*, en Sicilia de *σικελία* lo mismo. La final temática vulgar siempre fué *-o*, que el clásico dejó intacta cuando no había consonante final, pero que convirtió en *-u* al restablecer las *-s*, *-m* finales. El cambio de *o* en *u* verificóse entre la gente aristocrática en la segunda mitad del siglo III ant. J. C. Antiguamente aun con consonante tenemos *opos*, *Venos* (*Inscr.*), *nauebos*, *gen*, *domnos*, *senatuos*, falisco, *zenatuo*; después *antestaminō*, *Pulio*,

Cornelio, y en el acus. *oino*, *viro*, gen. pl. *duonoro*, *ommo*; finalmente *Cornelius*, *-ium*, *virum*, *navibus*, *senatus*, *senatum*.

La *ō* breve tuvo, por consiguiente, dos timbres. Unas veces abierto de pura *ō*, que nunca cambió, cuando era tónica, como *řocus*, *řocus*, que se abrió más en castellano dando *ue* por intermedio de *uo*. Otras veces cerrado en el latín clásico, que se cambió en *u*, cuando era átona; pero que perseveró como *ō* en latín vulgar y en castellano, variando la ortografía en los monumentos del siglo IV al siglo II antes de J. C., *servos* y *servus*, *donom* y *donum*, hasta que desde el siglo II quedó fijada en *ū*.

Los diversos dialectos itálicos seguían una u otra dirección, aunque la tendencia era a preferir la *o* a la *u*. Los centrales y el úmbrio preferían *o*, así el acusativo *-o(m)*, la 1.^a p. plural *-mo* (lat. clas. *-mur*), los temas en *-u* como *trifor* = *tribās* (genit.), *poplom* = *populum*, *fratrom* = *fratrum*, *somo* = *summum*, el infinitivo *-om* (osco *-um*) *ajerom*, *erom*, *aterom*, la preposición *com* = *cum*. Igualmente *ō* por *ū*: *rōfa* = *rūfas*, *toco* = *tucetum*. El sabelio presenta *-o* en el acus. y nom. de temas en *-o* en el siglo V nada menos, y lo mismo el volsco. De aquí la síncope, más fácil con *o* que con *u*, y que es tan propia del úmbrio como del latín vulgar. Como en las formas aducidas de Probo, nos presenta el úmbrio *vescles* = *vasculus*, *pelmner* = *pulmentum*, *sumel* = *simul*, *-clo* por el *-culus*, *-tro* por el *-τρος*, *-mn* por *-men*, *-mno* por *-meno*, como el latino *alumnus*, sufijos que pasaron a las románicas contraídos: en úmbrio *destru*, *postra*, *mestru*, *putres*, *pihachu*, *mantraelo*, *muneklu*, *umne*, *nomner*, *kumne*, *termnu* = *termino*, *katles* = *catuli*, *vitlaf* = *vitulus*, *stiplo* = *stipulor*, *seples* = *simpulis*.

El osco vacila entre *-o*, *-u*, tendiendo a la *-u*, que se encuentra en el infinitivo, mientras que en el acusativo conserva la *-o*, en la última época *-um*. Idéntica, como se ve, fué la tendencia en el latín clásico, de modo que no puede menos de verse cierta conexión entre el vocalismo del clásico y el de los dialectos meridionales, que tanta parte tuvieron en el desarrollo de la literatura latina.

Pasando a los sonidos *e*, *i*, el paralelismo no puede ser mayor. El latín tenía *ē* átona, que cayó vulgarmente desde la época prehistórica, por ser la vocal más débil de todas; el literario la convirtió en *i*: *conditus* = ant. *condētus* de la raíz *θεε*, *τεθημι*, *fert* por *feret*, eslavo *bereti*, en griego *φέρετε* = *ferete*, *canite* = ant. *cante* (*Carm. Sal.*), úmbrio, *kanetu* = *canito*. Las inscripciones sabelias, que se remontan hasta el siglo V, presentan *ē*. En el mismo latín la vaguedad ortográfica de las inscripciones muestra el paso de *ē* a *i*, y aun bastante posteriormente se encuentran *tempestatēbus*, *merēto*; *Mēnervai*, *famēliae*. En muchas formas no se pudo restituir la vocal *ē*, ni menos hacerse *i* después de haber desaparecido vulgarmente. Así, en el su-

fijo -mno, que viene de -mēno, *Volumnus, alumnus, autumnus, lamina* (HORACIO) = *lamina*, y que dió *laña*; *soldus* (*Lex Julia*) de *solēdus*, despues *solidus*, y que dió *sueldo*; *caldus* (CATON) de *calēdus*, en úmbrio *kaleruf*, despues *calersu* = *calidos* ó *callidos*, y que dió *caldo*; *frigidus*, en Lucilio *frigidaria*, de *frigēdus* por *frigēdus* de *frigere*; *ardus* (LUCILIO) de *arēdus*, de *arēre*; *lardum* (HORACIO) de *larēdum*, despues *laridum*, y que dió *lardo*; *puertia* (HORACIO) de **puerētia*; *libertas* de *liberētas*; *merēto* en las inscripciones, de *merēri*; *calcare* de *calēcare* (Inscrip.); *postus* de *posētus* y éste de *po-situs*. La *-i* final solo se encuentra en *nisi*, *quasi*, proveniente de *i*, ant. *nisei*, *quasei*. en Tito Livio *quase*; de modo que los antiguos *animalē*, *salē* por los literarios *animal*, *sal*, vienen de los prehistóricos *animali*, *salī*. La *ē* breve de sílaba final sonaba *e*: *genēr*, *intēr*, *verbēr*. La *ē* es más antigua de ordinario que la *i* en la flexion y derivacion: *genetrix*, *genetivus*, *agētare*, etc. Hasta la *i* etimológica la convertía en *ē* el antiguo latin, *magester*, *menesterium*, *tempestatebus*, *navebos*. Total, que *i* breve sonaba en clásico como *i* bien aguda segun afirman Lucilius y Veleius Longus, y que en ese sonido se había convertido la *e* primitiva. Pero en vulgar sonaba la *i* como *e*: es la *i* pingue, *plenum*, *specā*, por *spica*, *vea* por *via*, *vella* por *villa* (VARRON) «*ut acceperunt antiquitus*», dice Ciceron de los rústicos: acentuada se abrió en *ie* en castellano. El úmbrio tiende igualmente á la *ē* átona, y la pierde más á menudo que el latin: tal es la *Patavinitas* de Tito Livio (*sibe*, *quase*) del latin septentrional.

Pero la lengua aristocrática latina prefirió la *i* dentro de las palabras á la *ē*, y la *ū* á la *ō* en sílaba átonas, y hasta se extendía á la *ē* tónica, que se convertía en *i*. En úmbrio *ē* por *i* latino-clásica: *en* = *in*, *edek* = *id*, *ped* = *quid*, *trefo* = *tribum*, *etraf* = *iterum*, *staplato* = *stipulator*, *urfetam* = *orbitam*, *-fele* = *-bilis*, como *purtefele*; aunque á veces hay vacilacion, *dersa* y *dirsa*, *sestu* y *sistu*, *trifo* y *trefi*. Igualmente *ē* por *i*: *estu* = *istum*, *etu* = *ito*, *screhto* = *scriptum*, *preve* = *privus*, *mehe* = *mihī*, *tefe* = *tibī*; aunque en el mismo úmbrio *ei*, *ē*, *i*, alternan con la misma vacilacion que en latin: *teiom* y *tiom*, *peihaner* y *pihaner* y *pehaner*, *veiro* y *viro*. El osco vacila entre *e*, *i*, como entre *o*, *u*, y aun tenía un signo (┌) para indicar el sonido medio, que con letras griegas se trascribía *ε*, como en antiguo latin, aunque prefería *i*. En latin clásico la *ē* larga fué, por de contado, efecto de la contraccion de *æ*, *œ*, y así hallamos *haeres* y *heres*, *foemina* y *femina*. Además tenía cierta tendencia á cerrarse en *i*, por lo que dijo Quintiliano que en *herē*, no se oye ni *e* ni *i*, sino un sonido mezclado, el cual antes de Augusto se escribía *ei*, y de aquí el nom. y el acus. de plural *-es*, *-is* (*-eis*) y las variantes *here* y *heri*, *peregre* y *peregri*, *sibe*, *sibei* y *sibi*, *ne*, *nei* y *ni*, *nise*, *nisci* y *nisi*, *qua-*

se, *quasei* y *quasi*. El literario anduvo siempre dudoso, prefiriendo *e* en unos casos, *i* en otros; el vulgo siempre *e*, aunque es de notar que el sonido *ē* del diptongo *æ*, proveniente de *ai*, era más abierto, tirando el sonido *a*, que no la *e*, que en literario se hizo *i*, la cual era más cerrada, puesto que originó esa *i* literaria. La misma vaguedad existía en el griego *ε*, de donde su transcripcion ya con *e*, ya con *i*: *Darēus* y *Darius*, *Alexandrea* y *Alexandria*; pero *Antiochia*, *elegia*, y *Aeneas*, *Medea*.

Ante labial la *i* tendía á *ū*, sonando tal vez como *u* en griego, pues varía la ortografía: *maximus* y *maximus*, *optimus* y *optimus*, *aurūpium*, *lūbido*, *aurūfex*; tanto que Claudio inventó un signo especial para este sonido. Prisciano da á esta *i* (*exile*, tenué) el valor de *y*, es decir, de *u* griega; Plauto prefirió *u* y en toda la época republicana sonaba más bien así, que no *i*, hasta que Ciceron y César escribieron *i*; pero entre el pueblo seguía la pronunciacion antigua. La *i* larga tenía á veces un timbre abierto de *e*, que Lucilius propuso se escribiera *ei*.

Desde los más antiguos tiempos aparece *ō* tónica por *au* en los dialectos itálicos, aunque en un principio solo *au* átono se haga *ō* abierta en el latin de Italia. En úmbrio *au* se hace *o* en cualquier lugar que se encuentre, con ó sin acento; al mediodía de Italia subsiste *au* hasta en sílaba átona, de donde *o* abierta ó *a* cerrada en los dialectos modernos. En el mismo latin arcaico vemos la tendencia: «*Rustici orum dicebant*» (FESTO), despues en el literario *aurum*; *thesorus*, *thesorus* en las inscripciones. La reduccion de *au* es, pues, anterior á la época románica y aun romana: los monumentos presentan *o* por *au* en todas las épocas de la lengua latina, aunque no igualmente en todas las regiones. En las provincias se verificó la contraccion separadamente en cada una.

El acento da firmeza á las vocales y hasta las refuerzas abriéndolas en diptongos. En castellano no solo existen las cinco vocales tónicas, sino que acentuadas *ē* da *ie*, *ō* da *ue*. Tal es la razon del guna ó refuerzo en las antiguas Indo-Europeas. Los indianistas creían que á los sonidos *i*, *u* en ciertas ocasiones, cuando llevaban acento, se les añadía una *a*- de refuerzo, resultando *ai*, *au*; en griego *e*- resultando *ei*, *eu*; lo mismo en antiguo latin *outi*, despues *ūti*, *deico*, despues *dico*. Por el godo se ve que las vocales primitivas fueron *e*, *o*, que se abrieron *e* en *ei*, *ai* y *o* en *eu*, *au*; por manera que, contra el modo de ver de los gramáticos indios, *o*, *e* no siempre fueron efecto de la contraccion de *au*, *ai*, sino que á veces eran originales. Por el contrario, las vocales no acentuadas se oscurecen y debilitan y aún llegan á desaparecer: los ejemplos en las antiguas son conocidos, sobre todo en las germánicas, en las que la acumulacion de

consonantes se debe á la pérdida de las vocales átonas. El francés participa algo de esta tendencia celto-germánica, por lo cual es entre las románicas la que más vocales ha perdido, oscurecido y debilitado en *e*. Síguenle los dialectos hispano-célticos del Noroeste. En castellano ya no hallamos *ie*, *uo* por *e*, *o* entre las átonas, sino las cinco vocales puras y á fin de dición solas las tres *a*, *e*, *o*; en francés se han reducido á la *-e* muda, que ó no suena ó suena apenas, varias vocales y sílabas enteras. Las iniciales átonas son las más resistentes por llevar una cierta intensidad tónica para distinguir el comienzo de los vocablos, como ya he insinuado. Siguen en fuerza ya menor las finales; pero las más débiles y que se pierden más fácilmente son las átonas en medio de dición.

La acentuación divide los vocablos en dos porciones, que están sometidas á leyes muy semejantes: *boni/tatem*, *civi/tatem*, *dormi/torium*, *heredi/tare*, *cre/dere*, *para/bola*, *ho/minem*. Las dos sílabas átonas de *civi/tatem*, *vi* y *tem* son las que se debilitan; la tónica y la inicial, que como he dicho también lo es en parte, son más estables, *ciu/dad* = *civ(i)/tat(em)*. La tónica se refuerza diptongándose en *bue/no* de *bo/nus*, *bon/dad*, *cuen/to* de *con/tar*. Por haber caído la penúltima átona, desaparecieron los proparoxítonos: *caldo* de *calidus*, *verde* de *viridis*. Por haber caído la final átona muchos paroxítonos, no terminados en vocal persistente, se hicieron oxítonos, terminados en consonante: *oír* de *audir(e)*, y todos los demás infinitivos, *señor* de *senior(em)*, *arbol* de *rubor(em)*, *sazon* de *sation(em)*. Tal es la razón de terminar en consonante la mayor parte de las palabras agudas; mientras que la mayor parte de las graves terminan en vocal por haber conservado la forma latina, que terminaba en vocal y era grave, conforme al ritmo trocáico.

Siendo el tono el principal factor que modifica las vocales, hay que distinguir las vocales tónicas, que llevan acento, de las átonas, que carecen de él. Las sílabas finales é iniciales deben distinguirse de las postónicas, ó sean las que siguiendo á las tónicas no son finales, y de las pretónicas, ó sean las que precediendo á las tónicas no son iniciales. En *liberare* *li-* es la inicial, *-be-* es la pretónica, *-ra-* la tónica, *-re* la final; en *credere*, *cre-* es la inicial tónica, *-de-* la postónica, *-re* la final.

VOCALES TÓNICAS

14. 1) Las vocales largas del literario, ó sean las cerradas del vulgar, perseveran en castellano.
2) La *ā* breve ó abierta y la *ā* larga ó cerrada perseveran.
3) Las extremas *ī*, *ū* breves ó abiertas, se abren en *e*, *o*.

4) Las medias *ē*, *ō* se diptongan en *ie*, *uo*.

5) El diptongo *ae* sigue la suerte de *ē*; el *oe* la de *ē*.

Total, las vocales acentuadas que se modifican son: *ī* en *e*, *ū* en *o*, *ē* en *ie*, *ō* en *uo*, *ae* en *ie*, *oe* en *uo*.

Las vocales *i*, *u*, *a* son las más estables en cuanto que como extremas en la serie natural *u o a e i* son las más distintas en el timbre. La *a* es la más vocal de las vocales y persevera; *ū*, *ī* se abren en sus vecinas *o*, *e*, es decir tienden hacia la *a*. Ya el latín vulgar antiguo confundía *i* con *e*, *u* con *o*, cuando eran breves. El latín literario, para dar estabilidad al vocalismo prefirió las extremas *i*, *u*; pero entre el pueblo la evolución continuó, de manera que al nacer el castellano sonaban *e*, *o*. Las vocales medias *ē*, *ō*, al ser agravadas por el acento se espacian diptongándose en *ie*, *uo*, es decir, con las articulaciones vecinas *i*, *u* en la serie *u o a e i*.

Los diptongos *ae*, *oe* ya sonaban como *ē*, *ē* al nacer el castellano y siguieron la evolución de estos sonidos. La fusión del diptongo *ae* en *e* era ya del latín clásico en tiempo de Augusto, y del vulgar, y por su origen fué úmbrio, lengua en la que *kvestur* responde á *quaestor*, *pre* á *prae*.

1) Subsisten las largas tónicas y la *ā*.

ā: *abedul* de *betulla*, *agudo* de *acutus*, *arruga* de *rūga*, *ayuno* de *ieiunium*, *comun* de *communis*, *culo* de *cūlus*, *engrudo* de *glūtem*, *escudo* de *scūtum*, *humo* de *fūmus*, *huso* de *fūsum*, *lucha* de *lūcta*, *lujó* de *lūxus*, *luna* de *lūna*, *luz* de *lūcem*, *maduro* de *matūrus*, *mula* de *mūla*, *nube* de *nūbem*, *tu* de *tū*.

ō: *baladron* de *balatrōnem*, *escoba* de *scōpas*, *hermoso* de *formōsus*, *hora* de *hōra*, *forma* de *fōrma*, *menor* de *minōrem*, *mayor* de *maiōrem*, *monte* de *mōntem*, *olla* de *ōlla*, *peor* de *peiōrem*, *roble* de *rōborem*, *sazon* de *satiōnem*, *sol* de *sōlem*, *todo* de *tōtus*, *vos* de *vōs*.

ā: *abrego* de *āfricus*, *abrevar* de *abiberāre*, *agre* de *ācrem*, *ajo* de *ālium*, *ala* de *āla*, *alambre* de *aerāmen*, *amenazas* de *minācias*, *asar* de *assāre*, *caballo* de *cabāllus*, *calcaño* de *calcāneum*, *colgar* de *collocāre*, *cual* de *quāle*, *dar* de *dāre*, *delgado* de *delicātus*, *enjambre* de *exāmen*, *entraña* de *interānea*, *escala* de *scāla*, *estambre* de *stāmen*, *grado* de *grātum*, *grano* de *grānum*.

ē: *ajeno* de *aliēnus*, *cadena* de *catēna*, *deber* de *debēre*, *dehesa* de *defensa*, *doler* de *dolēre*, *greda* de *crēta*, *ley* de *lēgem*, *mesa* de *mēnsa*, *morder* de *mordēre*, *pesebre* de *praesēpe*, *red* de *rēte*, *remo* de *rēmus*, *sebo* de *sēbum*, *seda* de *sēta*, *techo* de *tectum*, *tela* de *tēla*, *teja* de *tēgula*, *velo* de *vēlum*.

ī: *abrir* de *aperīre*, *amigo* de *amīcus*, *bullir* de *bullīre*, *cenizo* de *cinicius*, *cinco* de *quīnque*, *cinta* de *cīncta*, *codorniz* de *coturnīcem*, *dormir* de *dormīre*, *encía* de *gingīva*, *encina* de *ilicīna*, *erizo* de *erīcium*,